

lar).⁶ Otra posibilidad es utilizar una doble designación para referirse al centro y/o a la periferia para distinguir uno de otra. La división bipartita más conocida del país interno es la idea egipcia de un *oikumene*, que es la suma de dos mitades complementarias, de igual valor, como reflejan los títulos reales más corrientes *nswt bit* «rey del Alto y Bajo Egipto», y *nb t'wy*, «señor de las dos tierras».⁷ En este caso la referencia al dominio universal se refiere sólo al país central o interno, pero se proyecta implícitamente al mundo entero. Las implicaciones del título babilonio «rey de Sumer y de Accad», aunque de carácter menos cosmológico, responden al mismo procedimiento lógico.⁸

La bipartición puede referirse también a los países exteriores: los reyes egipcios proclaman su control sobre las tierras del norte y del sur,⁹ y los reyes mesopotámicos proclaman su control del mar inferior y del mar superior.¹⁰ En ambos casos, la línea divisoria seleccionada para hacer hincapié en la contraposición no es casual: es la delimitación natural que representan los grandes ríos. En Egipto esa línea divisoria vendrá dada por el curso del Nilo de sur a norte (tanto más cuanto que se cruza con la trayectoria del sol de este a oeste), y en Mesopotamia por el Éufrates y el Tigris, que fluyen hacia el «Mar Inferior» (el golfo Pérsico) y nacen en las montañas detrás de las cuales se halla el «Mar Superior» (el Mediterráneo).

En fin, la bipartición puede ser también tipológica, válida para todo el mundo: «el rey de las montañas y de las vastas llanuras», o simplemente «de arriba y de abajo».¹¹ En todo caso está implícita la idea de que la unión de los contrarios forma una totalidad, una idea también operativa estilísticamente en varias lenguas del Próximo Oriente antiguo.¹²

También frecuente es la división según los puntos del compás, los puntos básicos de referencia de la orientación física del ser humano: «delante», «detrás», «a la derecha» y «a la izquierda» del observador.¹³ Esta división cuatripartita de la periferia obliga implícitamente a fijar la atención en la pre-

6. Ibid, pp. 20-21, 29-30; Hornung en *MDIK*, 15 (1952), pp. 122-123.

7. S. Donadoni en *Studi Classici e Orientali*, 10 (1961), pp. 97-101; E. Otto en *Studia Aegyptiaca*, I (Roma, 1938), pp. 10-35.

8. Hallo, *Titles*, pp. 77-78; *ERAS*, pp. 302-303.

9. Sobre el fundamental «Hemisphären-Schema» y sus complicaciones, véase J. Osing en *JEA*, 68 (1982), pp. 77-80.

10. Tukulti-Ninurta I (*ERAS*, p. 320), véase más abajo.

11. *ERAS*, p. 304; *EAK*, I, p. 85.

12. Hebreo: P. Boccaccio en *Biblia*, 33 (1952), pp. 173-190. Egipcio: A. Massart, en *Mélanges A. Robert* (París, 1957), pp. 38-46.

13. L. A. Christophe en *RE*, 6 (1952), pp. 89-114; G. Posener en *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen*, Phil.-hist. Klasse, 1965, n. 2, pp. 69-78; *LA*, II (1977), pp. 1.213-1.215.

sencia del país interno, en el centro de la intersección de las cuatro partes.¹⁴ En el Bronce final, el título mesopotámico de *šar kibrāt arba'im*, «rey de las cuatro partes», ya era centenario y viene a ser una expresión sumamente estereotipada de esa misma idea.¹⁵ En Egipto la misma noción se expresa sobre todo mediante listas analíticas donde se afirma la autoridad faraónica sobre cuatro tierras que adquieren un rol significativo en virtud de estar ubicadas en los cuatro puntos cardinales:

Mis confines meridionales llegan hasta el país de Punt...

Mis confines orientales llegan hasta los pantanos de Asia...

Mis confines occidentales llegan hasta la montaña de Manu...

Mis confines septentrionales llegan hasta [xxx]...¹⁶

Si no, siempre queda la posibilidad de listas «abiertas», donde se acumulan el máximo de elementos individuales para dar la impresión si no de una totalidad sobre la que se vindica el dominio, al menos de una tendencia en esa dirección. Esa es la impresión que tratan de transmitir las listas interminables de países sometidos que aparecen en los relieves de los templos egipcios del Imperio Nuevo,¹⁷ y la enumeración (al parecer resultado de un registro administrativo muy preciso) de las ciudades conquistadas, de los enemigos asesinados o de los productos del botín o del tributo, tan habituales en Egipto y en Asia. La presentación de «listados abiertos» es desde luego un medio menos riguroso que las divisiones bi- o cuatripartitas como instrumento para demostrar el dominio del mundo entero:¹⁸ por larga que sea la lista, siempre se puede añadir (o imaginar) un nuevo elemento, otra ciudad aún no conquistada. Pero esas largas listas, aún siendo menos concluyentes, son más impresionantes, más eficaces en términos propagandísticos. Además, una lista abierta también puede ordenarse según un esquema estructural (por ejemplo, contraponiendo lugares meridionales y lugares septentrionales) con el fin de demostrar que los elementos listados son muchos y que su distribución abarca la totalidad del mundo.

14. El título «señor de las cinco partes» (Tutmosis III) habla de los cuatro puntos del compás más el centro (Posener, *Nachrichten*, p. 74; Lorton, *Terminology*, pp. 14, 45 nota 24).

15. Hallo, *Titles*, pp. 49-56; Seux en *RA*, 59 (1965), pp. 1-18; T. Maeda en *Orient*, 20 (1984), pp. 67-82; Glassner en *Akkadica*, 40 (1984), pp. 17-34. Sobre los periodos medio-asirio y medio-babilonio, véase *ERAS*, pp. 305-308.

16. ARE, II, p. 321 (Hatshepsut) es sólo un ejemplo.

17. J. Simons, *Handbook for the Study of Egyptian Topographical Lists* (Leiden, 1937); Sh. Ahi-tuv, *Canaanite Toponyms in Ancient Egyptian Documents* (Jerusalén, 1984).

18. Véase mi distinción entre «listas abiertas» y «elementos opuestos» en *L'alba della civiltà*, III (Turin, 1976), pp. 499-513.

Ahora bien, ¿qué relación hay entre un dominio universal puramente teórico y la realidad política? En una visión del mundo basada en la diferenciación cualitativa y en un desequilibrio de rango entre el centro y la periferia, la única solución política «correcta» es el imperio universal, un imperio universal que, implícitamente, existe desde los inicios: el país central mantiene una relación privilegiada con el dios o los dioses creadores y organizadores, y es la sede del único rey que hace de vínculo entre los dioses y los hombres; sólo a este soberano se le ha confiado la tarea de cuidar del buen funcionamiento de la actividad cosmológica de los dioses. Todo el mundo debe someterse a la autoridad política del soberano central, no hay espacio para poderes rivales ni para un poder compartido.

Adecuar la realidad política a estos conceptos cosmológicos es una actividad más mental que física: el conocimiento es más importante que la acción. La ideología centralista es una superestructura construida en función de la población interna y del control de ese pueblo por parte del rey. Importa menos dominar realmente el mundo que persuadir a la población interna de que se domina el mundo. Un control real —político, fiscal, administrativo y judicial— de una periferia bárbara y subdesarrollada no es siquiera remunerativo; lo que importa es el prestigio del rey en el reino central. Desde esta perspectiva, la realización práctica de la ideología imperialista posee un valor ejemplar y paradigmático: es una demostración de que el rey puede someter a los países extranjeros, obtener tributos foráneos y exterminar a los pueblos extranjeros a voluntad. La práctica del dominio es un ejercicio de la voluntad que, aunque no es aconsejable aplicar a todos los objetos, debe por lo menos ejemplificarse de una forma concluyente.

Además, el rey dispone de instrumentos de propaganda que le permiten «materializar» su éxito ante la población interna: desfiles conmemorativos, relieves monumentales, rituales y fiestas. Esta exhibición regia es la única oportunidad que tiene la población de conocer el mundo exterior; sencillamente lo ignora hasta que el rey lo «conquista» y exhibe sus conquistas.

Los títulos regios son parte de esta materialización demostrativa del éxito. Algunos contienen el «programa» para el reinado, las cualidades paradigmáticas del rey. Por eso se adoptan al principio del reinado, y por eso el rey se afana en demostrar cuanto antes que es merecedor del título que se le otorga: cuando se trata de títulos «imperiales», liderará una campaña victoriosa fuera de sus fronteras.¹⁹ Pero otros títulos, sobre todo los más concretos e ilustrativos de una realidad geopolítica, no pueden adoptarse sin justifica-

ción: los títulos hay que ganarlos.²⁰ Porque si resulta imposible comprobar o falsear la «veracidad» de los títulos muy genéricos o vagos («rey del universo»), en el caso de los títulos más concretos la contrastación con la realidad política constituye un problema, y un interesante tema de análisis.

Nos limitaremos a un solo ejemplo: el título de *šar.tâmti elîti u šupalîti*, «rey del Mar Superior e Inferior», que asumió Tukulti-Ninurta I.²¹ El título era nuevo en Asiria y el soberano no pudo adoptarlo sin un acto demostrativo que lo justificara. Es un hecho que Asiria no limita con ningún mar, y que Tukulti-Ninurta nunca llegó al Mediterráneo ni al golfo Pérsico, pero sí conquistó Babilonia durante un breve lapso de tiempo, lo que seguramente le autorizó a adoptar el título. De hecho, lo utiliza primero en relación con la victoria sobre Babilonia y más tarde el título desaparece tras la renuncia a los territorios conquistados y la recuperación de la autonomía de los cassitas.

Si se ordenan las inscripciones del rey asirio por orden cronológico, se puede identificar con todo detalle el nexo entre los títulos y las conquistas militares.²² En la primera fase (antes de la conquista de Babilonia), todavía no utiliza el título de «rey del Mar Superior e Inferior», pero en el sector septentrional se alude con orgullo a la llegada a un «Mar Superior», que por el contexto resulta ser el lago Van. Esta identificación es bastante audaz ya que el lago en cuestión es a todas luces «superior» pero no es ni mucho menos un «mar» (la otra orilla es claramente visible y abordable). Pero la afirmación asiria es importante porque revela que en la mente del rey ya estaba presente la idea de la unión entre ambos mares con vistas a justificar su pretensión de dominio universal.

En la segunda fase (las inscripciones que celebran la conquista de Babilonia, pero que aún ignoran la construcción de la nueva capital de Kar-Tukulti-Ninurta), la mención de la llegada al Mar Superior desaparece en tanto que afirmación explícita y separada porque ya se considera un hecho consumado. Se conmemora la victoria sobre los cassitas y por lo tanto se adoptan los títulos de «rey de Karduniash» y «rey de Sumer y de Accad» además del título de «rey del Mar Superior e Inferior». Este título viene corroborado por la afirmación de que la frontera asiria llega hasta las orillas del golfo Pérsico. De momento, la ambición universalista parece satisfecha.

En la tercera fase (las inscripciones que celebran la construcción de la nueva capital) el título de «rey del Mar Superior e Inferior» se mantiene, pe-

19. Sobre el título como programa de un reino, véase Hornung en *MDIK*, 15 (1957), pp. 120-133; *Saeculum*, 22 (1971), pp. 48-58. Sobre la terminología de los títulos egipcios, véase M. A. Bonhême en *BIEAO*, 78 (1978), pp. 347-387.

20. Para un periodo más tardío, véase mi artículo en *Assyrian Royal Inscriptions* (Roma, 1981), pp. 225-257.

21. *RIMA*, I, p. 245. Sobre Tukulti-Ninurta, véase H. Klengel en *Das Altertum*, 7 (1961), pp. 67-77; Harrak, *Hanigalbat*, pp. 206-277.

22. Una reconstrucción similar en H. Galter en *JCS*, 40 (1988), pp. 217-235.

ro surgen algunos problemas. El control asirio de Babilonia se debilita. Cuando Tukulti-Ninurta regresa a Asiria tras ejercer personalmente como rey de Babilonia durante un año, sus gobernadores tienen que enfrentarse a la oposición de tres reyes cassitas —en rápida sucesión— a lo largo de un periodo de ocho años. Durante esa fase, Tukulti-Ninurta opta por conservar los títulos de «rey de Karduniash» y de «rey de Sumer y Accad», pero añade dos más: «rey de Sippar y de Babilonia», para describir de forma realista su dominio (ya se había perdido el sur de Babilonia), y «rey de Dilmun y Meluhha», en alusión al comercio con Bahrein y el valle del Indo para tratar de compensar su retirada con un avance ideológico. En esta tercera fase, ya no se menciona la frontera asiria a orillas del golfo.

Paralelamente emerge con fuerza el problema hitita en el frente occidental (la frontera entre Asiria y Hatti es el río Éufrates). Ahora que la opinión pública asiria está atenta al problema hitita, la pretensión de extender el dominio hasta el Mar Superior choca con el hecho evidente de que las tierras de Hatti se interponen entre el Éufrates y el Mediterráneo. De ahí que en la tercera fase aparezca la afirmación de que desde el primer año de su reinado Tukulti-Ninurta había deportado a 28.800 hititas «de más allá del Éufrates». Esta afirmación ha dado lugar a interpretaciones diversas. Algunos han sugerido que el rey asirio retrasó la celebración de su victoria para no empeorar sus relaciones con Hatti.²³ Pero esta interpretación es absurda porque una victoria tan sensacional habría comportado unas relaciones aún peores. Otros han sugerido que la travesía del Éufrates (con la consiguiente victoria y deportación de los hititas) fue más tardía, pero que se inscribió como ocurrida en el primer año para destacar su relevancia.²⁴ Esta explicación también es absurda: una derrota real de los hititas y su deportación masiva habría merecido un párrafo especial (y sumamente triunfalista), y no se habría incluido junto a las campañas del primer año en las montañas Nairi.

Estimo que la interpretación correcta es bien distinta: no hubo ninguna victoria sobre los hititas, ni en el primer año ni más tarde. Pero en el ambiente anti-hitita del periodo de la guerra, mientras el frente real se estancaba en el Éufrates, se recuperó un viejo episodio de la primera campaña para poder conmemorar una victoria. Durante el primer año de la campaña, se atravesó el principal afluente del Éufrates, el Murat-Su, y se hicieron muchos prisioneros. El ataque no llegó a penetrar en el territorio del imperio hitita, pero en el «mapa mental» asirio cualquier tierra más allá del Éufrates era «país de Hatti», y sus habitantes podían definirse como «hititas» sin

23. E. Weidner, *Die Inschriften Tukulti-Ninurta I* (Graz, 1959), p. 26; J. M. Munn-Rankin, *Assyrian Military Power 1300-1200 B. C.* (Cambridge, 1967), p. 20.

24. *EAK*, I, pp. 82-83.

grandes reparos lógicos. De hecho, los famosos 28.800 deportados no eran hititas en el sentido político del término, sino que pertenecían a las tribus del área de captación del Alto Éufrates que Tukulti-Ninurta enumera con todo detalle. La lectura «anti-hitita» de un viejo acontecimiento permite potenciar la movilización en favor de la guerra y la ambición ideológica de dominar toda la región hasta el Mar Superior (el Mediterráneo). La deportación de los hititas demuestra, en realidad, el control asirio sobre el país de Hatti situado entre el Éufrates y el Mediterráneo, exactamente en los mismos términos que la victoria sobre Babilonia demuestra el dominio asirio sobre el territorio situado entre Asiria y el golfo Pérsico.

Este esfuerzo propagandístico desaparece en la cuarta fase, cuando se abandona el título de «rey del Mar Superior e Inferior». La frontera representada por el Éufrates se había demostrado impenetrable y se había perdido el dominio sobre Babilonia. El título de «rey de Sumer y de Accad» también se abandona, y dejan de mencionarse las conquistas territoriales logradas tras la conquista de Babilonia. Queda tan sólo el recuerdo de una gran batalla victoriosa y de la captura de un rey enemigo. Se aparcan de momento las ambiciones universalistas, aunque resurgirán unos 150 años más tarde con Tiglatpileser I.

La relación entre la realidad política y las declaraciones ideológicas pueden ser más o menos satisfactorias, pero siempre requiere algún tipo de justificación. Los títulos no son alardes vacíos, ya que el público —al menos el círculo interno de los funcionarios de palacio— conoce la situación, exige justificaciones y está atento a los cambios.